BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

ה

VOLUMEN CIX
N° 433
ENERO - JUNIO
2026
Caracas, Venezuela

BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Vol. CIX, N° 433 ؛ Enero-Junio 2026 ؛ pp. 11-45
ISSN 02547325

Del infierno del pirata chino Limahón, a la pluma del fraile de Alburquerque: Relación epistolar y supervivencia agustina en las Filipinas del siglo XVI

Geniber Cabrera

Universidad de Carabobo, Venezuela
genibercabrera@gmail.com
ORCID: /0000-0002-6476-3184

Recibido: 18/03/2026
Aprobado: 23/04/2026

Resumen

Desde la heurística y la crítica testimonial, este ensayo disecciona el expediente conservado en el Archivo General de Indias (*Patronato*, 24, R.30), cuya paternidad se restituye a Fray Agustín de Alburquerque para, mediante una revisión minuciosa, analizar el concierto diplomático de su trazo, dataciones y coyunturas. El estudio problematiza la índole de este memorial, despojándolo de la lectura lineal del parte militar para interpretarlo como un registro del quebranto en la frontera filipina durante la conmoción de 1574-1575. A través del escrutinio de los pliegos, la investigación desarma la debilidad de los puestos castellanos y su dependencia de las huestes indianas, ponderando el socorro de los contingentes tlaxcaltecas; la fractura de la obediencia tributaria por parte de los naturales ante la repentina ausencia de poder, y la incidencia de las pragmáticas de la dinastía Ming en la embestida del corsario Limahón; asimismo, se atiende la oposición espiritual frente al Sultanato de Brunéi y los modos de legitimación providencialista del clero regular. De este modo, la fuente se asienta como una clave insustituible para ponderar las mentalidades, los peligros y la recomposición del dominio hispano en el Extremo Oriente, precediendo a la transcripción íntegra del legajo examinado.

Palabras clave: Heurística documental, Ego-documento, Crítica textual, Frontera misional, Monarquía Hispánica.

CC BY NC SA

From the Hell of the Chinese Pirate Limahón to the Pen of the Friar from Alburquerque: Epistolary Account and Augustinian Survival in 16th-Century Philippines

Abstract

From the perspective of heuristics and testimonial critique, this essay dissects the archival record preserved in the Archivo General de Indias (Patronato, 24, R.30), attributing its authorship to Friar Agustín de Alburquerque, in order to rigorously analyze through a meticulous revision the diplomatic arrangement of its drafting, datings, and conjunctures. The study problematizes the nature of this memorial, stripping it away from the linear reading of the military dispatch to interpret it as a register of the breakdown along the Philippine frontier during the turmoil of 1574-1575. Through the scrutiny of the folios, the research unpacks the vulnerability of the Castilian outposts and their reliance on native indigenous hosts, weighing the relief provided by Tlaxcalan contingents; the fracture of tributary obedience by the native populations amid the sudden vacuum of power; and the impact of Ming dynasty pragmatics upon the onslaught of the corsair Limahón. Likewise, attention is drawn to the spiritual opposition against the Sultanate of Brunei and the modes of providentialist legitimation employed by the regular clergy. Consequently, the source establishes itself as an irreplaceable key to evaluate mentalities, hazards, and the recomposition of Hispanic dominion in the Far East, preceding the full transcription of the examined legajo.

Keywords: Documentary heuristics, Ego-document, Textual criticism, Missionary frontier, Hispanic Monarchy.

I. Introducción

La monarquía hispánica, en el archipiélago filipino, halló durante el último tercio del siglo XVI su expresión más dramática en la extrema vulnerabilidad de sus límites territoriales. A través de la pluma de un religioso agustino, esta relación epistolar desborda el género del informe castrense para constituirse en una rigurosa fuente manuscrita, donde se confunden la crónica de supervivencia, el desgarro del aislamiento y la meditación escatológica frente al asedio.

El escenario de esta crisis no es un espacio homogéneo, sino una geografía insular fragmentada y hostil. Desde el corazón político y la destrucción material de Manila, con su refugio temporal en el puerto fortificado de Cavite, la conmoción se propaga hacia el sur a través de la isla de Mindoro y la región de Bombón, alcanzando los enclaves septentrionales de Ilocos y la Villa Fernandina, las fundaciones sureñas en Camarines con la Villa Santiago de Libón, la remota Cebú y los lejanos horizontes marítimos de Abindanao y Pangasinán. En esta vasta región de la distancia, la comunicación dependía del frágil compás de las ráfagas de los vientos monzones y de la voluble fidelidad de las comunidades nativas.

En este escenario convive una densa red de actores cuyos destinos se entrecruzan con peligro. Por un lado, el estamento eclesiástico representado por el propio autor de la misiva, Fray Alburquerque, amén de sus conmilitones Francisco de Ortega, Fray Jerónimo, el provincial Fray Alonso de Alvarado y figuras del fraile Pedro, quienes experimentan el despojo y el cautiverio, transformando la oración y la religiosidad contrarreformista en su trinchera espiritual. Frente al colapso, un reducido núcleo de hombres de armas sostiene el aparato imperial; la resistencia estoica del capitán Alonso Velásquez en Manila, el oportuno socorro militar del capitán Juan de Salcedo –hijo de doña Teresa Garcés de Legazpi–, la trágica caída en combate de Sancho Ortiz, primo del secretario Sancho López, y la arriesgada misión de enlaces como Alonso Izquierdo y Villanueva.

Paralelamente, la crisis pone de relieve la ambivalencia de los naturales, desde los habitantes de Mindoro y Batangas que vacilan

entre el alzamiento oportunista y el saqueo de los monasterios hasta los contados testimonios de lealtad doméstica. Esta tensión interna se halla sobre determinada por presiones geopolíticas externas: la irrupción devastadora del corsario chino, aludido como "el tirano", y la sombra estratégica del Sultanato de Brunéi a través de los burneis, cuyo peso político funcionaba como un factor latente en el Mar de China, todo ello bajo el trasfondo comercial de la presencia portuguesa en Oriente.

Así, el testimonio documental se erige en un fresco sociológico y mental de lo que pudiéramos calificar como "la primera globalización ibérica". En él, la conservación de la provincia misional y del dominio colonial no obedece únicamente al mérito de las armas, sino a una compleja negociación cotidiana entre la violencia fronteriza, la precariedad material y el inquebrantable amparo de la providencia divina.

II. Génesis, Frontera y Encuentro: *La Construcción del Dominio Hispánico en Filipinas y su Relación con el Imperio Chino* (Siglo XVI)

Antes de la llegada de los europeos, las ínsulas que hoy conforma Filipinas respondían a una realidad radicalmente ajena a la noción de un Estado centralizado. Lejos de constituir una unidad social y política homogénea, se desplegaba como un mosaico dinámico de comunidades autónomas, por ejemplo, los *barangays* gobernadas por jefes locales (*datus, rajas* o *sultanes)* y profundamente imbricadas en las redes comerciales de China Meridional y el Sudeste Asiático. En el centro y el norte del territorio, las creencias de raíz animista coexistían con los vestigios de influencias culturales hindú-budistas, mientras que el extremo meridional, con los sultanatos de Joló y Mindanao, experimentaba una progresiva islamización vinculada a insulindia y Brunéi. Este archipiélago carente de un centro hegemónico comerciaba con fluidez mediante *juncos* procedentes de la China imperial, Japón y Siam, intercambiando oro, perlas y maderas preciosas por porcelanas y sedas.

La génesis de la soberanía hispánica en este entorno no obedeció a la empresa exclusiva de un único artífice, sino a una secuencia de navegantes, capitanes y eclesiásticos que, de manera escalonada, formaron su exploración, su designación nominal y su conquista efectiva. Este proceso comenzó a fraguarse cuando el navegante Fernando de Magallanes alcanzó el archipiélago en 1521 bajo bandera española, abriendo el paso europeo al Pacífico. No obstante, su expedición concluyó con su muerte en la batalla de Mactan sin lograr instaurar un dominio territorial estable. La dimensión de este primer contacto ha sido evaluada por la historiografía asiática; al respecto, el historiador O. D. Corpuz señala: "La expedición magallánica demostró la inmensidad del océano transpacífico y la vulnerabilidad de los encuentros iniciales, evidenciando que el paso marítimo no bastaba por sí solo para asegurar una presencia política permanente en el Extremo Oriente"... [sic].[1]

A este esfuerzo exploratorio le sucedió la expedición de Ruy López de Villalobos en 1543, quien bautizó el archipiélago como Islas Filipinas en honor al entonces príncipe Felipe de España (futuro rey Felipe II). Sin embargo, su intento de colonización no prosperó de forma permanente, pues, asediado por el hambre, la precariedad y el cerco de las potencias lusas en los mares del sur, no dejarían consumar sus planes.

El verdadero punto de inflexión institucional y territorial se consolidó en 1565 con la expedición de Miguel López de Legazpi y el rigor náutico del agustino Andrés de Urdaneta, con la que la Corona logró un asentamiento, primero semipermanente, luego estable en Cebú. Para que esta empresa pudiera subsistir, la administración dependió de las destrezas navales de Urdaneta, cuyo descubrimiento del *tornaviaje* –la ruta de navegación de regreso a través del Pacífico norte hacia el virreinato de Nueva España– garantizó la comunicación estable y la viabilidad económica de la colonia. La importancia cardinal de esta hazaña ha sido descrita por William L. Schurz: "El descubrimiento del

[1] O. D. Corpuz, *The Roots of the Filipino Nation* (Quezon City: Aklahi Foundation, 1989), vol. 1, cap. 2, 33–55. [traducción nuestra].

tornaviaje por parte de Urdaneta fue la clave maestra que desbloqueó el comercio transpacífico; sin esta ruta de regreso a través de las altas latitudes del norte, la colonia de Filipinas habría quedado condenada al aislamiento perpetuo y a la inevitable extinción material".[2]

Desde una perspectiva historiográfica, si bien la ruta norteña conjuró el aislamiento físico inmediato, también institucionalizó una dependencia, marcada, además, por un déficit fiscal.

El mantenimiento de la soberanía no dependía de una autosuficiencia, sino de un suministro sostenido por la plata americana a través del Galeón de Manila (conocido también como la *Nao de China*) que entre 1565 y 1815, cruzó de manera regular el océano Pacífico para unir el puerto de Acapulco, en el Virreinato de Nueva España, actual México, con Manila. Así, más que garantizar una prosperidad, el periplo de Urdaneta ancló a la colonia en un modelo extractivo y de constante fricción con los emergentes asiáticos, donde el peligro de la extinción material se transformó en una vulnerabilidad financiera perpetua.

Advertidas las limitaciones de provisiones de Cebú, la hueste castellana desplazó su centro de gravedad hacia el norte en busca de un enclave de mayor proyección estratégica y comercial. En 1571, tras desalojar a los potentados locales vinculados al influjo de Brunéi, Legazpi conquistó y fundó la ciudad de Manila, erigiéndola en la capital administrativa del nuevo territorio y en el nodo del naciente comercio transpacífico de la plata y la seda. Sobre la trascendencia de este hito, John Leddy Phelan anota: "La fundación de Manila y la estructuración del gobierno indiano en el archipiélago representaron un hito audaz que desvió el eje de la expansión española hacia la periferia asiática, obligando a la Monarquía a sostener un puesto avanzado a millares de leguas de los centros de poder peninsular".[3]

---

[2] William L. Schurz, *The Manila Galleon* (Nueva York: E. P. Dutton & Co., 1939), 22–27 [Traducción nuestra].

[3] John Leddy Phelan, *The Hispanization of the Philippines: Spanish Aims and Filipino Responses*, 1565–1700 (Madison: University of Wisconsin Press, 1959), 10, [Traducción nuestra].

La supervivencia y consolidación de este dominio exigieron la rápida articulación de pactos, alianzas y, sobremanera, de control tributario; lejos de imponer un modelo de desposesión total, el protectorado burocrático optó por incorporar a los jerarcas locales, transformándolos en piezas intermediarias indispensables dentro de la encomienda y la hacienda real. El *repartimiento* no implicaba la propiedad de la tierra ni un derecho absoluto sobre la mano de obra esclava o de la servidumbre indígena, sino la facultad de percibir el tributo utilizando el modelo de autoridad ya existente de los señores o caciques que ostentaban *precastellanos*, el control en todo el orden de la vida en sus comunidades, llamados *datus*, como hemos visto anteriormente, integrados ahora como cabezas de barangay. No obstante, este ordenamiento político-administrativa se sustentaba sobre un equilibrio muy precario, expuesto permanentemente, a la lealtad condicional de los nativos principales y, a la presión del entorno.

La fragilidad de la colonia pendía de un hilo constante; pues, sometida a los imprevisibles ritmos de los monzones, a la inestabilidad de las alianzas y a la permanente fricción con los intereses portugueses en la región, la administración española comprobó pronto la vulnerabilidad allende sus fronteras frente al mundo asiático.

La prueba más severa de este periodo inicial cristalizó a finales de 1574, con el violento asedio que el corsario chino Li Ma Hong, aludido en las crónicas bajo la fórmula ominosa de "el tirano", desató contra la ciudad de Manila. Proveniente de los márgenes del Imperio Ming, la masiva armada del corsario buscaba asentar un poder autónomo en el conjunto de islas, desnudando con crudeza las debilidades defensivas de la "compañía suelta" de los oficiales reales, o el "ejército volante" de la composición indo-castellana.

Este conflicto trascendió el mero parte de campaña militar; se convirtió en una crisis existencial que obligó a la administración colonial a reorganizar sus recursos y evidenció que la pervivencia hispánica no obedecía a una supremacía lineal, sino a un pulso cotidiano contra la violencia, la escasez material y la justificación providencialista de la empresa misional.

Sobre el denominado, en nuestra fuente objeto de estudio, como el "tirano corsario chino", vale apuntar que, de cuna humilde, el personaje al que los españoles llamaban Limahón, también escrito frecuentemente en las crónicas como Li Ma Hon, o Li Mahon, y cuyo nombre verdadero era Lin Feng, comenzó a forjar su fama en el estrecho de Taiwán, desde donde asediaba de forma sistemática los puertos de Cantón, Fujian y el sur de China. Esta ofensiva constante desafió el poderío del emperador Wanli, de la dinastía Ming, quien se vio obligado a despachar formidables expediciones navales tanto para capturarlo como para tantear una capitulación ventajosa. Su salto a las crónicas occidentales se consumó con los dos asaltos consecutivos que lanzó contra Manila a finales de noviembre de 1574. En el primer intento, el factor decisivo fue la sorpresa con una flota integrada por decenas de *juncos* cargados con miles de combatientes, entre quienes se cuentan marinos, soldados y sus propios familiares, con la intención de establecerse de manera definitiva, atracó repentinamente en la costa de Parañaque.

Esas fuerzas salteadoras chinas tomaron desprevenida a la incipiente guarnición castellana, integrada por un número muy reducido de hombres bajo las órdenes del maestre de campo Martín de Goiti, quien perdió la vida en los combates iniciales mientras el fuerte español era incendiado y parcialmente rebasado. Sin embargo, la enconada resistencia opuesta desde el núcleo defensivo impidió una victoria inmediata de los atacantes; con la urgente llegada de refuerzos comandados por el propio gobernador general Guido de Lavezares, los defensores lograron reorganizarse y contratacar, obligando a los invasores a replegarse hacia sus naves tras sufrir severas bajas.

Lejos de desistir, pocos días después el jefe corsario y sus camaradas, redoblaron la apuesta con un segundo asedio por mar y por tierra, combinando los cañoneos desde sus *champanes* y *juncos* con desembarcos masivos. La tenaz defensa española, reforzada por improvisadas empalizadas y mamposterías marginales, con una artillería que los sitiadores solo pudieron neutralizar a medias, frustró por completo tal empresa, desgastando a las huestes *pilléricas* y obligándolas a levantar el asedio al sitio ante la imposibilidad de quebrar el feroz reducto ibérico.

Tras fracasar en Manila, el capitán de los salteadores buscó refugio en Pangasinán, donde las tropas de Juan de Salcedo le tendieron un cerco infranqueable en el río Agno; sin embargo, en una maniobra de notable ingenio táctico, el cabecilla ordenó cavar de forma clandestina un canal artificial y construir unos "barquichuelos" con troncos y tablones de las palmas locales, con los que burló el bloqueo naval, dejando a gran parte de sus secuaces abandonados a su suerte frente al avance castellano mientras él emprendía la huida, según las crónicas, el 3 de agosto de 1575, esfumándose sin dejar rastro; irónicamente, legando a la geografía donde acometieron los surcos, el célebre nombre del "Canal de Limahón", un tajo fluvial que todavía surcan embarcaciones de escaso calado. Al respecto nos indica Felipe M. de Govantes que:

> El 22 de Marzo de 1575 antes de haber descansado de sus fatigas salió Salcedo con los Capitanes Pedro de Chaves y Gabriel de Rivera, cuatrocientos españoles y mil quinientos indios en dirección á Pangasinan, de cuya provincia intentó Limahun hacerse dueño fortificándose en una isleta del río de Lingayen. La campaña duró cuatro meses, concluyendo el pirata por fugarse el 3 de Agosto para no reaparecer. Dejó á muchos de los suyos abandonados á merced de los sitiadores y otros se ocultaron en la aspereza de los montéis, suponiéndose que de ellos tuvo origen la casta de los igorrotes que ocupan la cordillera central de la isla de Luzon. Durante los acontecimientos referidos, la Orden de San Agustín había establecido ministros en los pueblos de Candaba y Macabebe de la provincia de la Pampanga, en Yigan de la de Ilocos, y en Isla de Negros. No satisfecho su celo propúsose extender á China sus misiones aprovechando para ello la llegada á Manila de un chino enviado por el Virey de Fou-Kiang llamado Aumon, el cual regresó á su país llevando á los PP. Fr. Martin de Rada y el padre Gerónimo Marin. El primero de estos Religiosos llevaba pliegos de Labezares, que con aquel motivo se proponía afirmar las relaciones de comercio entre el archipiélago y aquel imperio [sic].[4]

[4] Felipe M. de Govantes, *Compendio de la Historia de Filipinas* (Manila: Imprenta del Colegio de Santo Tomás, 1877), 59.

Aunque la historiografía ha dedicado amplios esfuerzos para estudiar los vínculos entre Occidente y China, los trabajos volcados de lleno al tema durante el *Quinientos* y los albores del *Seiscientos* siguen siendo una rareza. En aquel escenario convulso, resalta el hecho de los religiosos empeñados en la reforma católica impulsados por el firme propósito de enmendar los tropiezos del papado frente al protestantismo, por lo cual, de algún modo atravesaron los umbrales del "Imperio del Centro" o "País del Medio y Reino Central", como también se llamaba tradicionalmente a China. Lejos de limitarse al rezo y al catecismo, aquellos frailes asumieron con naturalidad el papel de mediadores culturales, vertiendo en sus escritos un testimonio insustituible sobre la colisión y el trato entre dos mundos que hasta entonces se ignoraban.

De ese caudal inmenso de tensiones y tratos entre la Monarquía Hispánica y la dinastía Ming comienza el pulso de nuestra propia búsqueda, de tal modo, nos adentraremos en un documento esquivo, envuelto en el anonimato, donde la identidad del eclesiástico que empuñó la pluma y los contornos precisos del pirata Lim A Hong (su cariñoso apelativo familiar) se difuminan entre líneas. Lejos de constituir un callejón sin salida, esa espesura de dudas iniciales resulta providencial, pues obliga, a realizar una mirada crítica desde la heurística, para cruzar la letra menuda y triangular indicios que sostengan el relato histórico con rigor.

Frente a este anonimato se alzan las grandes crónicas conventuales, encabezadas por figuras de la talla del agustino Martín de Rada y secundadas por memorialistas como Juan González de Mendoza, Marcelo de Ribadeneyra o Diego de Aduarte. Aquellos hombres no despachaban simples informes de sacristía; legaron bitácoras densas donde la geografía, los usos y la política del Extremo Oriente cobraban vida bajo el sello de autores reconocidos o, en otros casos, particulares desconocidos pero revestidos de la autoridad ganada al calor de sus actividades cotidianas. A esta estirpe de plumas firmadas se adhirieron, conforme avanzaban los siglos XVI y XVII, perfiles tan notables como Alejandro Valignano, Diego de Pantoja, Juan de Medina y Gaspar de San Agustín. Contemplar hoy ese rico trasfondo documental con la brújula de una metodología renovada nos devuelve el eco vivo de aquellos peninsula-

res que se atrevieron a tender el primer puente firme entre Europa y Asia. Al respecto, Li Chenguang indica:

> Para comprender mejor la relación entre China y Castilla en el siglo XVI, además de las obras de temática misionera, la bibliografía de la historia de las Filipinas también nos transmite aportaciones que pueden poner remedio a la falta de conocimiento e información para arrancar nuestro estudio. Como veremos en la presente tesis, la llegada de los conquistadores castellanos al archipiélago filipino supuso un acontecimiento esencial que hizo posibles las interacciones directas entre el imperio hispano y el chino. Por lo que se refiere al filipinismo, muchas obras del repertorio bibliográfico rememoraron el comienzo de los contactos chino-castellanos que tuvieron lugar en esta colonia asiática en el siglo XVI. Entre ellos, los siguientes aspectos merecen la especial atención. En primer lugar, se destaca la estrategia filipina respectiva a China durante este periodo, teniendo en cuenta que el archipiélago fue el enclave castellano más cercano a la China de Ming. En segundo lugar, nada más establecerse los conquistadores en las Filipinas, por un lado, comenzaron a circular mercancías chinas, y por otro hubo un proceso de inmigración de los habitantes chinos de su tierra natal a la colonia castellana en Asia, y desde allí a todo el imperio hispano.[5]

De este modo, la construcción territorial y administrativa de las Filipinas y sus vínculos con el mundo chino se configuraron como una obra colectiva donde confluyeron la osadía de los descubridores, la visión geoestratégica de sus gobernantes y la veteranía náutica de sus eclesiásticos, conformando un fascinante escenario de fronteras abiertas, diplomacia negociada y colisión de civilizaciones cuyos ecos continúan siendo objeto de escrutinio.

[5] Chenguang Li, "La estrategia China de Felipe II: la vía castellana (1556-1581)" (Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2018), 18.

III. Del testimonio anónimo a la crónica identificada: el factor histórico, la heurística y la sombra documental de un Fray

La lectura de estos pliegos, que aquí presentamos tras una minuciosa revisión, no debe abordarse con la ligereza de quien busca verdades cómodas. Es cierto que el documento objeto de nuestro estudio no consigna el nombre de su autor ni especifica el del jefe de la armada enemiga, a quien califica únicamente de tirano. Ante este vacío onomástico, muchos investigadores han espigado estos folios para aventurar identidades precipitadas, carentes de contraste y rigor. Sin embargo, este expediente reclama una mirada más profunda que no solo observe el papel, sino que lo enfrente a otras actas de la misma época. Al cruzar jornadas, fechas y el trazo mismo de la pluma en este legajo del Archivo General de Indias,[6] la pesquisa se aclara; el horror del cerco, la zozobra de las travesías y el retiro forzoso en las sierras es, a todas luces, el de fray Agustín de Alburquerque, quien relata cómo Limahón estuvo a punto allí, de una vez por todas, de borrar la presencia española.

Para asimilar en su justa dimensión la hondura de este testimonio, debemos situarnos en las Filipinas de los años 1570, un archipiélago que apenas comenzaba a transformarse bajo un modelo imperial atado al Virreinato de Nueva España. No olvidemos que esta empresa no fue puramente castellana; en las naos que surcaban el Pacífico viajaban miles de auxiliares, incluidos los tlaxcaltecas, cuya participación fue un engranaje silencioso y determinante en la consolidación del dominio español sobre las islas, no obstante, este sistema era, en su origen, una incipiente localidad de madera y esperanza. Manila no era entonces la capital de piedra, sino un palenque, una empalizada frágil que dependía de la lealtad precaria de los principales locales. Es fundamental comprender que esta fragilidad no era solo militar, sino política, pues el régimen de encomiendas respondía a una relación contractual profundamente tensa.

[6] Archivo General de Indias (en adelante AGI), Patronato, legajo 24, ramo 30, Información hecha a pedimento de los principales de la provincia de Pangasinán, 1 de junio de 1575.

Cuando el rumor de la muerte de los españoles corrió por el archipiélago, el saqueo de los monasterios narrado en la crónica no fue un simple acto de pillaje, sino una ruptura de aquel pacto por parte de quienes, ante el vacío de poder, se sintieron liberados de los tributos y reclamaron su soberanía. A esto se suma que el "tirano" tampoco actuaba de manera aislada; su figura es síntoma de una China Ming asediada por el aislamiento de las leyes *Haijin*, las cuales expulsaban hacia el Pacífico a individuos obligados a buscar su propio destino. Además, cuando el fraile emplea el término "moros" para referirse a sus agresores, no alude a conflictos lejanos, sino a la compleja red política y comercial vinculada al Sultanato de Brunéi, la cual ejercía una influencia decisiva en la región con la que el proyecto hispano chocaba de manera constante.

Como prolegómeno al documento que sigue, importa aclarar que no nos hallamos ante un parte de guerra estéril, sino ante una crónica testimonial de *primera mano* enclavada en la segunda etapa del conflicto: el repliegue del invasor hacia el norte y el asfixiante cerco en Pangasinán, posterior al revés sufrido en Manila a finales de 1574. Mientras los despachos oficiales priorizan la táctica y la estrategia, el relato de fray Agustín de Alburquerque devela la vulnerabilidad extrema de las misiones. El fraile expone la desprotección absoluta de los asentamientos y cómo el espanto rigió la experiencia de los hombres; desfilan así la angustia de las confesiones ante el patíbulo inminente, la mudanza de voluntades entre los naturales de Mindoro[7] y el desamparo de quienes, ocultos en la espesura de los montes, se sabían postreros testigos de un orden que se derrumbaba.

El punto de inflexión ocurre con el rescate de los capitanes Alonso Izquierdo y Villanueva, cuyo grito de "¡Castillas!" "¡Castillas!" en la oscuridad de la noche devuelve al fraile al orden colonial. Lo que sigue es una restauración severa, el ajusticiamiento de los saqueadores y la reconstrucción simbólica de la fe. Pero la fuente no se cierra en el trauma, mira hacia el futuro. Irónicamente, la persecución de aquel "tirano"

[7] Es la isla de Mindoro, cuyo nombre suele confundirse con Bindoro en la documentación de la época, ubicada en la región centro-occidental de Filipinas.

terminó por abrir las puertas a una compleja apertura diplomática con la China de los Ming, demostrando que la presencia española en Filipinas no fue un avance lineal, sino una apuesta errática. Fray Agustín cierra su memorial con una advertencia severa para quienes soñaban con estas islas, al decir que no es tierra de santos, sino de peligros donde la virtud se desvanece ante la crudeza de la frontera. Para someter este testimonio al debido escrutinio y exponer los cimientos de nuestra glosa, se exponen a continuación los folios transcritos *in extenso*, dando paso así a su puntual tratamiento *histocrítico*:

> Nuestro Señor será vuestra merced. Aunque el tiempo y coyuntura no es tal para escribir largo, se requería determine escribir desde ahora esta letra, porque, fiel señor de mi honor, pudierais a la ciudad de Manila a tiempo que los navíos que paramos de esa tierra se vuelva; está escrita, y entienda vuestra merced y entiendan mis señores padres y oidores que, aunque tan apartado y distante, los tengo siempre presentes y en mi memoria para encomendarlos al Señor, fieles servidos aceptar mis indignas oraciones, y para darles aviso de mi salud que aunque poca es parte para seguir, hay por acá para no tenerla más; todo se pasa y cualquier otro trabajo, para que el remunerador soberano, el cual nos conceda a todos la gloria, amén.
>
> Ítem. Como he dicho, ni el lugar, por estar entre soldados que tienen cercado a un poderoso tirano, como allá se dirá y escribirá largo, que pretendía acabar el nombre español en estas islas.
>
> Y el parejo me convida largo, como fuera dando cuenta larga de lo sucedido del año pasado acá, si tuviera más comodidad; más diré brevemente lo que me haré, y servirá esta de carta general para que vuestra merced enseñe a todos, que sabe se holgarán saber de mí, y que me encomienden al Señor para que siempre tengan cuidado, como acá lo tengo de hacer lo propio. Después que escribí el año pasado de 1574 de Manila donde la obediencia me tenía puesto, que era en la provincia y laguna de Bombón, de allí volví a Manila a concluir una campaña, y a la vuelta volví por la isla de Bindoro[8] por

[8] Se trata realmente de la Isla de Mindoro, cuyo nombre suele confundirse con Bindoro, ubicada en la región centro-occidental de Filipinas. Es la séptima más extensa del conjunto insular, situada al suroeste de Luzón –la principal del archipiélago– y al noreste de Palawan.

habérmelo rogado el padre Fray Francisco de Ortega, al cual hallé indispuesto, y por su nombre propio fui forzado de tenerme más de lo que quisiera, lo cual ordenó el Señor por lo cual fui servido; y por lo que luego diré, en aquel tiempo que allí estuve, que fueron 25 días, entendimos de un muchacho de casa que volvía de Manila como dos días antes, de noche, por la mar había visto más de 50 hombres que iban navegando por lanchas, y cuando de ellas se corrieron el barquillo en que volvían, y por ser ligero y lo más que traía el muchacho bogarrecio se escapó; lo cual nos dijo largo que llegó, que fue día del apóstol San Andrés, lo cual el padre prior de aquella casa echó en burla, y no porque estábamos aguardando para estos vendavales que comienzan comúnmente por el mes de mayo una nación que se dice que guardan la ley mahometana y nos desean y quieren mal por algunas causas; y aunque era antes de tiempo, porque los vientos que entonces ventaban eran contrarios para venir sobre nosotros, sospeché eran ellos, y que si venían entonces sería botineando[9] y con maña para tomarnos descuidados y desapercibidos; lo cual fue así, aunque no era la gente que yo enteré y sospeché, sino unos tiranos, corsario de tierra de China, el cual, huyendo de su rey como ladrón corsario que era, tomó uno de los navíos de mercaderes que de Manila volvía a su tierra, y les preguntó que de qué tierra iba, y que tendida la tierra, que si las gentes para no la tampoco y el descuido en que vivían y confianza que de sí tenían grande de...[ ]...acordó de ir sobre los pocos españoles y tomarlos como pudiese y apoderarse de la tierra y llamarse y de ella el cual nombró de rey tiene y le llaman hoy día, aunque con la quietud que él pensó/ final que él llegó a Manila o dos leguas de ella sin ser sentido de San Andrés por la mañana con más de 70 navíos de a 150 y de a 200 y más y menos y he hecho mucha gente en tierra con tanta sutileza y orden que hasta que estuvieron sobre las casas y desgraciada ciudad no los había visto, aunque algunos naturales a dar aviso al Maestre de campo y a otros españoles diciendo que los burneis venían sobre Manila y no les dieron crédito hasta que llegaron y pegaron fuego y mataron a algunos españoles y mujeres y al mismo Maestre de campo, que todos estaban muy descuidados de semejante cosa;

[9] En la jerga naval colonial, verbalizar la búsqueda del "botín" servía para retratar el acoso marítimo y el pillaje como táctica calculada. Más que un simple robo, la expresión ilustra el pillaje como una táctica calculada, lo que subraya la naturaleza depredadora de las incursiones corsarias al acechar las rutas mercantes para despojarlas de sus riquezas.

y así fue grande la turbación que hubo y cobardía de algunos. Con todo esto los cegó la divina majestad y, pudiendo aquel día dentro de dos horas tomar toda la artillería que la tenían en el Arenal o playa tendida y acabar lo que pretendían con poca resistencia que le hicieron unos pocos soldados con el capitán Alonso Velásquez, se retiraron, quedando hartos muertos entre los españoles que nos había muerto, y con esto se retiraron al puerto de cavit que como he dicho estaba allí toda la flota y el tirano con los demás gente y otro día adelante en enterrar los muertos y curar heridos que habían escapado y lo mismo hizo entre nosotros, aunque con demasiado miedo, e hicieron un corral como para lidiar toros de tablas y cajas y algunas pipas para defenderse allí si el enemigo volviese y para que se metiesen allí las mujeres y niños que andaban como ovejas descarriadas por los zacatales y montes orando cual a su marido, cual a su señor, cual a su hijo y parientes muertos, que según me dice era gran lástima verdadera/ en este tiempo llegó el capitán Juan de Salcedo, hijo de la señora doña Teresa, con 60 hombres de socorro porque había visto pasar el armada del tirano y sospechó lo que podía ser, y así se vino tras el enemigo lo más presto que pudo y llegó el propio día que el enemigo dio de descanso a los de Manila para hacerlo que tengo dicho, y con su llegada tan sin pensar/ porque estaba más de 80 leguas de Manila, que es 30 leguas de aquí en una provincia que se dice Ilocos en la misma isla de Luzón hacia la China/ causó gran contento y algún más ánimo a los que tenía necesidad; y luego otro día, se contaron 2 de diciembre antes que amaneciese, llegó el tirano con toda su armada e hizo tres salvas con tanto ruido de fuego que ponía espanto, y más verdad que no hizo daño que los nuestros; y tras esto 700 u 800 hombres muy feroces con arcabuces, con picas o montantes y con otras muchas armas y con ánimo bestial arremetieron a las piezas que ya estaban puestas a punto para ofender que fue ese menester, y no tenían los arcabuces ni nuestras armas, sino que pasaban adelante unos cayendo y otros animándose hasta entrar en el fuertezuelo o corral que el día antes se había hecho. Más el Señor que ayudó a los cristianos por su gran misericordia y porque se compadecía de los gritos de las pobres mujeres y lágrimas y oraciones de los religiosos que a aquella sazón suplicaban a Dios en el palenque nos diese, fue servido que saliese y se retirasen con pérdida de muchos de ellos y de nosotros solo 2 o 3, el uno de los cuales fue Sancho Ortiz, primo de Sancho López secretario, y el otro un alcalde; y si los españoles tuvieran más ánimo aquel día los acabaran, saliendo

> como salieron a ellos quienes se iban retirando, más dejáronlo porque el tirano usó de un ardid que conmovió desde los navíos que los suyos iban de vencida...[10]

Este episodio, como hecho histórico relevante, permite examinar el asalto a la ciudad como una categoría de análisis crucial para comprender la desproporción abrumadora entre las fuerzas en conflicto. Más de setenta navíos de variado porte arribaron a las playas, transportando a un cuerpo de setecientos u ochocientos hombres pertrechados con arcabuces, picas y montantes; una monumental asimetría que desnuda la verdadera dimensión del peligro al que se enfrentaba el precario asentamiento hispano en los confines del imperio.

> ... echó en los bateles al agua gente y quisiese que iban a acometer por otra parte el fuertezuelo, como porque los naturales se habían revelado y levantando contra nosotros para hacerse de la parte del que tenía por imposible dejara de vencer y matarnos a todos, se volvieron al fuerte, porque todos los españoles no eran más de 200 y aún no eran tantos, porque hay o había entonces cuatro poblaciones de españoles que es la ciudad de Manila, la villa de Subu,[11] la villa Fernandinal en Yloco[12] y la villa Santiago de Libón[13] que camarines, y en estos pueblos estaban repartidos hasta /460/ españoles que hay en esta tierra, y aun cuando llegó el tirano estaban apercibidos más de /150/ o de /160/ españoles para ir a Mindanao que es una gran isla que está de Manila al pie de /200/ leguas, y se habían de partir dentro de 8 días, que parece el Señor los detuvo, donde sí fueran no es capaz en ninguno porque les tenía cómoda una trampa por consejo y concierto del Rey de Burney que era

[10] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 1 v.

[11] En el manuscrito, lectura y transcripción de Villa de Zubu (Cebú). Se refiere a la Villa del Santísimo Nombre de Jesús, fundada en 1565 por Miguel López de Legazpi. Fue el primer asentamiento español permanente en el archipiélago filipino y uno de sus principales núcleos administrativos durante los primeros años de la conquista. Bautizada así, en honor al príncipe Fernando, hijo de Felipe II.

[12] La Villa Fernandina (o Villa Fernandina de Vigan) fue uno de los primeros asentamientos coloniales españoles establecidos en la isla de Luzón, dentro de la provincia de Ilocos (frecuentemente escrita como Yloco en la documentación de los siglos XVI al XVIII), famosa geografía por sus dunas frente al mar en Paoay.

[13] Entre las primeras de las fundaciones en las Filipinas hacia 1573, realizada por el conquistador Juan Salcedo.

> los enviasen a llamar de paz y que le querían dar tributo y quedan más descuidados estuviesen los matasen y él venía por otra parte sobre los de Manila con 200 navíos y galeras para estos vendavales como tengo dicho y que así nos acabaría fácilmente porque no solo los burneis más otras cuatro naciones habían de venir en su compañía los cuales estamos. Esperando o con sospecha de que venía/ este ha sido gran paréntesis/ y así volviendo al dis[roto] los maestros volvieron al fuerte y el tirano se fue y llegando aquí que es 50 leguas de Manila hizo una ciudad cercada de Palmas y su fuerte y se intituló rey de la isla y envió a llamar los comarcanos y les dijo cómo nos dejaban medio destruidos/ como era verdad que el tiempo que se retiró la última vez fueron poniendo fuego a la ciudad y se quemaron muchas casas y el monasterio de San Agustín con todo cuanto había adentro así de libros como de ornamentos porque allí lo teníamos todo por ser aquella la principal casa que hay en esta tierra y que de allí adelante acudiesen a él con comida y los tributos que será el Señor y él los defendería y con esto y con algunas crueldades que comenzó a hacer que ellos y sus haciendas se hacía temer aquí se quedará por un rato el tirano fortificándose y haciendo su ciudad y muy descuidado que acabo de/ cuatro meses habían de volver y osarle a cometer y a aquellos a quién el antes había acometido y puesto en el trance que vimos...[14]

Desde una perspectiva hermenéutica, el texto otorga sentido al caos del mundo colonial mediante tres claves fundamentales, a saber: la teología de la contingencia y el providencialismo, para transformar la aniquilación en una prueba de fe y amparo divino; la retórica de la alteridad amenazante, que expone la disputa por la soberanía a través de un poder alternativo erigido sobre las cenizas del monasterio agustino; y la conciencia trágica de la dispersión.

> Ítem. Al punto que este dicho tirano la descuidada Manila, voló luego la fama por toda la isla y otras partes [ilegible] (le manoia), que fue causa para que no solo los comarcanos, más los muy apartados pueblos se rebelasen e hicieran y demostrasen lo que tenían en el corazón/ de lo que no me maravillo, por tales son las obras que los españoles le hacen/ matando a algunos españoles que pudieron

[14] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 2.r.

> coger descuidados y a otros haciéndoles más que dejar de donde estaban solos/ a mí también me cupo parte de esto, y aunque según algunos dicen me cupiera más, fiel Señor no fuera servido, me hubiera detenido en Bindoro con el padre prior, que como he dicho estaba por él dispuesto, y con mi llegada y estada plugo a Dios estuvo luego bueno y más aliviado de su indisposición, porque luego que se supo en la provincia de Banbón[15] se juntaron los principales; dijeron que, pues los castillos eran ya acabados que así corrió la fama, que repartiesen entre sí los bienes que tenía en el monasterio y los esclavillos...[16]

Al difundirse la "fama" de la supuesta caída de Manila, los *principales* en provincias periféricas como Banbón aprovecharon tácticamente el desorden para insubordinarse y reapropiarse de los bienes conventuales. Asimismo, la relación, permeada de una franca crítica *lascasiana* hacia los excesos y agravios del proyecto secular, desmitifica la sumisión indígena y subraya que la rebelión no constituyó un arrebato fortuito, sino la materialización de un resentimiento acumulado "*lo que tenían en el corazón*" que únicamente aguardaba el debilitamiento del invasor para manifestarse.

> ... que acá no nos sirve sino gente que compramos, los cuales son luego libres que nuestro poder, con aditamento de que nos sirva; en pago de lo cual les damos todo lo necesario, y así se hizo, llevando los ornamentos y libros y, finalmente, todo lo que había en el monasterio, y tras esto comenzaron a desbaratar y deshacer la casa como si ya se hubiera acabado todo. Y hecho esto, a cabo de no sé cuántos días, llegó la nueva a la isla de Bindoro, donde estábamos, diciendo que más de 300 navíos de Burney estaban sobre Manila y creían que los españoles eran ya acabados; esto nos causó gran turbación, viéndonos solos en aquella isla y sin remedio de poder ir ni salir de allí sino con gran riesgo, por no haber navío acomodado ni quien lo bogase/ con todo esto, en un pequeño navío que era de una pieza que se pasa la mar por Wayne, porque prometí ir después a los que me pasaron y fueron a hacer tiempo

[15] Bombón, región histórica, hoy ubicada en el municipio Bantón y Balayán. Formalmente, provincia de Batangas. Lago Taal; epicentro de la rebelón local según relato del cura.

[16] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 2 v.

para poder pasar arriba, y era mi intento el monasterio y saber la verdad lo que se sospechaba y conforme a lo que viese así y si ese quedó arriba, a y que habían llegado al puerto de Bindoro dos navíos de los que por acá se usa, que son como chalupas, con /50/ moros de cerca del monasterio de Bombón, aunque no de aquel repartimiento, con lanzas y paveses, arcos y flechas y sus puñales que usan como los españoles espadas finas, que ellos venían de guerra, y preguntando a los que venían dijeron que habían oído decir que los burneis estaban en la tierra con más de /300/ navíos que venían a saber si era verdad para ponerse en cobro, lo cual era mentira, que no habiendo oído sino a concertarse con los de Bindoro que nos matasen y que la hacienda que la partiesen la partida c en 300, pues todos eran parientes y los castillos eran ya acabados, en lo cual no vinieron los de Bindoro por certificarse más si era verdad aquello o por qué le escupiesen más parte matándonos ellos solos/ nosotros, ignorantes de esto y con la confianza que siempre habíamos tenido, les rogamos el padre prior y yo nos prestasen uno de aquellos navíos para ir a Manila enviar a saber lo que había, pues era provecho de todos; a lo que respondieron desvergonzadamente que no quería su desvergüenza. Dije al padre que no trabajase, que sería en vano/ él replicó que sí nos los habían de dar, y aunque yo vi por la experiencia que tengo de ellos en lo que había de pasar, déjale por ver si podría algo; finalmente los indios se vinieron para nosotros echando mano a seis barajaos, que son unas espadas muy cortas y anchas muy denodados. Yo, como vi venirlos y el padre ni más ni menos, comenzamos a defender con unos bordones que teníamos de canela, y uno arremetió de manera que, no pudiendo apartarme, venimos a los brazos, y plugo a Dios que di con el traidor en tierra. Y después que se levantó, me acometió otras dos veces, y entre ambos no salió, por la bondad del Señor, con ganancia; y el padre prior de aquella casa también se defendió de otro que le traía muy fatigado por encomendarse a la mente de Dios, cuya concepción era aquel día, y por cuyos merecimientos nos libró nuestro Señor y nos guardó él sabe para qué. Con esto se apartaron de nosotros, y echando sus navíos al agua en los cuales se fueron aprisa, haciéndonos fieros que lo había de volver a matar y quemar el monasterio, lo cual pudieron hacer con facilidad...[17]

[17] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 3 r.

Desde la mirada del prelado, el testimonio se transmuta en una íntima y dolorosa confesión donde la conmoción imperial resuena en la conciencia del testigo. Su voz interior persigue no solo el eco lejano del estrépito bélico, sino el murmullo constante de la culpa y la reprobación ante los excesos de su propia hueste. Al registrar que los naturales manifestaron lo que guardaban en el pecho, el relator asume con honda lucidez la responsabilidad del desastre, sentenciando con franqueza que no le maravillaba tal levantamiento, dadas las obras que los conquistadores solían perpetrar.

Esta inquietud íntima se cruza con el amparo celestial cuando el religioso narra su reclusión en Mindoro junto al prior doliente, interpretando su rescate como una gracia que lo apartó del abismo donde otros perecieron. Sin embargo, la tregua del refugio se quiebra de inmediato por la amenaza sorda de las habladurías; la falsa nueva de que los reductos peninsulares ya habían sucumbido corría entre los lugareños, incitando a los principales a consumar el expolio de los haberes y los cautivos resguardados en el templo. En la memoria del informante convergen el peso de la violencia fundacional, la flaqueza orgánica frente a la dolencia y la sombra persistente de una catástrofe que resquebrajaba el dominio material y espiritual.

> Por ser las casas de por acá chozas de paja, no tuvimos en este rebato y oficio otra ocupación sino la de Dios, que sobraba, porque la gente del pueblo estaba mirando a ver cómo lo hacíamos, y un español que estaba con nosotros estaba tal de enfermo que ni a nosotros ni a sí se podía valer. Luego cuatro días adelante, que fue domingo, porque me pareció que hacía buen tiempo, determiné en el navichuelo que dije otra vez, y así llegué a medianoche al monasterio, donde no hallé cosa, aunque, como entré con los indios cantando que así se usa en esta tierra cuando bogan, salió todo el pueblo a recibirme como espantado de que vivía, y se hinchó todo el monasterio de gente, a las cuales, pidiendo cuenta de lo que había dejado en el monasterio, me dijeron cómo lo tenían los principales guardado, porque los de Castilla eran ya todos muertos, y entre algunas verdades me dijeron muchas mentiras, lo cual me causó gran dolor, tristeza y pena. De esta manera caminé el lunes sin jamás acordarme de comer, sino solo me empleaba en llorar mis muchos descuidos y pecados y en encomendar al Señor

a los de Manila como a difuntos que tal andaba la mar; y aguardé a la mañana, y aunque la mar andaba muy alterada y furiosa, tomé un remo en las manos para esforzar los moros bogando, lo cual, aunque nunca había hecho en mi vida, la necesidad y el temor y el entender que lo había de hacer de allí adelante me hicieron aprenderlo luego, y hasta que me cansé no dejé el remo. Y así plugo al Señor salimos de aquel peligro, y llegado al monasterio y pueblo de Bindoro, salió el padre prior a mí, y sabido lo que se decía, cayó en el mismo temor, tristeza y pena que mí. Dije no divisa aquel día por los muertos de Manila, y luego vinieron armados al monasterio los indios o moros del pueblo, los que lo eran como los bautizados, lo cual antes no solía hacer, ya que esto debió ser porque para ponernos mayor temor del que teníamos. Con todo esto les pedimos consejo de lo que habíamos de hacer y que mirasen cuál padres les habíamos ido en todos los negocios que se les habían ofrecido, y que de adelante lo seríamos más, que aunque los españoles de Manila eran acabados, que muchos había en España y que el rey no había de desamparar estas islas, y que si nos trataban bien y nos guardaban que les prometía el padre prior de hacer con el gobernador que fuese o con el rey que pagase aquel pueblo tributo por algunos años o por toda su vida; y ni con estas promesas y otras amenazas aprovechó para matar la insaciable codicia que de heredar nos tenía, y aunque nos daban buena esperanza...[18]«Ítem que si no temiésemos de morir que ellos nos guardarían bienbiamos que lo hacían todo fingido porque luego los niños y niñas y mayores y medianos se extrañaron tanto de nosotros como si fuéramos sus enemigos viendo esto al padre parecióle era bueno que en el mismo navichuelo en que yo había ido y vuelto que nos huyéramos con el español y 5 o 6 esclavos de casa cristianos y que nos encomendásemos a Dios que él tenía nos escaparía de las olas del mar yo le puse todos los inconvenientes que se debían poner y había porque la mar andaba brava y el viento para donde habíamos de ir era por la proa metidos en la mar no sabíamos a qué parte caminar el barco muy pequeño porque he entrado en él los que tengo dicho no podíamos llevar cosa de comida y donde habíamos de ir había más de 80 o 100 leguas con todo esto quería más acabar la huida entre las bravas ondas que no verse dar de lanzadas de aquella gente bestial finalmente por consolarle le vine a conceder lo que

[18] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 3v.

me pareció ser locura y que fuésemos que habían librar a alguna isla despoblada y que allí acabaríamos nuestros malos días haciendo penitencia de nuestros pecados a la noche ya que estábamos aparejados y determinados de dejarlo todo y escapar los pellejos solos dejando unos niños cristianos que nos quebraban el corazón que era de los monasterios considerando que habían de dejar la fe que habían recibido confesándonos generalmente con el mayor dolor que pudimos pidiendo perdón al Señor de nuestros defectos y prometiendo de le servir mejor que hasta allí y dándonos en penitencia aquel trago amargo de la muerte que esperábamos ahora fuese el ahogamiento en el mar donde no podíamos escapar sino por milagro/ ahora en la tierra en manos de aquellos salvajes aunque los principales nos hacían centinela diciendo que nos querían guardar porque no viniese los batangas[19] a matarnos que era con quien estuvimos el reencuentro pasado había 8 días con todo esto aunque parecía temeridad salir de donde estábamos hechos fuertes/ porque no estábamos en celda sino en un restitutorio [roto] estaba el barquillo donde lo habíamos puesto para en descuidando las centinelas acogernos y hallé que habían varado el barco donde no se podían sacar aunque fueran más de 20 personas lo cual visto desconfiamos de poder salir aquella noche y dadas gracias al Señor entendimos ser su voluntad muriésemos allí aquella noche en manos de aquellos miserables y ansí no se me encausa que no nos causase gran turbación entendiendo que ya se acercaba lo que tanto teníamos es cierto no se entere Dios llegada la mañana aunque nunca perdí la esperanza de que el Señor nos había de librar/ rogamos al más principal del pueblo nos llevase a su sementera[20] que estaba metida dos leguas de allí en unas muy ásperas sierras y que allí nos tuviese el cual tomando parecer con los demás se acordó que fuésemos y estuviésemos allí al tiempo que salíamos/ el padre un chi aiujt[21] como unos libritos en que leyésemos el tiempo que hubiésemos de estar en aquella aspereza de montañas el cual chi quit so pegaron y alcanzaron todos cuantos estaban allí diciendo que allí iba el tesoro lo cual hicieron con gran atrevimiento y desvergüenza entonces dije al padre esta moneda nos ha de costar la vida que eran 200 pesos que debíamos a un vecino de

[19] Habitantes nativos de Batangas, región ubicada en Calabarzón, en la isla de Luzón.

[20] Variante fonética de "sementera": terreno sembrado.

[21] El chi quit / chicubit / chicubito / chicuit; posible abreviatura de: chiquito, pequeño.

> Manila/ abracé el chicubito y si la quisieren déseles lo cual se hizo abierto el chicuite con todos los tomines y dijeron que los guardásemos finalmente salimos conferidos crucifijos en...[22]

Esta parte del relato constituye una lectura en la que el hombre de Dios, atrapado entre el remordimiento y las maniobras de una diplomacia de trinchera, recurre a la teología de la contingencia, no solo para justificar su huida, sino para dejar al descubierto la quiebra de una dominación que pretendía sostenerse mediante meras promesas de favores regios frente a pueblos que ya exigían el resarcimiento inmediato de los agravios sufridos. Simultáneamente, la fricción geopolítica local devela la red de hostilidades interétnicas entre los principales y la amenaza de los *batangas*, situando a los españoles subordinados a las dinámicas nativas.

> ... las manos, entendiendo que en el camino no sabía de acabar aquella noche, pasamos con hartos sobresaltos y trabajo aquella noche, de que yo volviese al pueblo y repartiese entre los principales /60/, lo cual hice, y cuando llegué hallé que habían dado sacomano a todo cuanto había en la caja y habían muerto los puercos como a enemigos mortales que son suyos, y las cabras, haciendo ceremonias con ellas y ensuciando y deshaciendo todo el monasterio; y cuando allá me vieron echaron la culpa unos a otros y que ellos no querían que se hubiese hecho, yo disimulé porque no era tiempo de otra cosa/ y roguéles que nos aderezasen un navío para ir a cierta isla y que le pagaríamos muy bien su trabajo; y lleno de muchas promesas y buenas palabras me despidieron. Yo les dije que estaba cansado y que quería irme por la mar por irme por otro camino que, aunque más lejos, era mejor, lo cual así, por ruego del padre, que todavía insistía en que nos fuésemos en aquel barquillo /porque él no estaba muy seguro si había seguridad ni fidelidad en aquella gente sino solo en la mujer del principal en cuya casa estábamos, como después diré/; ya si lo llevé lo mejor aparejado que pude y envié a decir al padre por el camino que, aunque yo no era de su parecer, que le aguardaba en tal parte, aunque el dueño del navío, como aquel que sentía los pasos en que andábamos, no se apartaba de mí, más que no era mucho inconveniente que viniese

[22] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 4 r.

> en avisarse qué pensaba hacer. Fue el mensajero y volvió donde yo estaba y dijo, me contó, el padre se había con el español acogido y que no sabían del vivo ni muerto; aquí me vi entonces el más perplejo hombre del mundo y ni sabía si fuese adelante porque las montañas que ya anochecía/ o si volviese atrás/ o adónde iría a buscarlo, que ya me había llorado y encomendado a Dios mi pobre ánima, entendiendo que no había de ver más en esta trabajosa vida al señor y amigo que tanto quería; al final, que me determiné como pudiese pasar adelante, enviando por donde me pareció podía ir quien le buscase. Y llegado que fui con harta fatiga de cuerpo y espíritu, salióme a recibir la buena dueña con toda su gente, muy llorosa, preguntando por el padre gordo, por si no pareciese que se había de ahorcar, a la cual consolé agradeciendo el amor que mostraba tenernos y que lo que podía hacer era que hiciese venir gente para que lo fuese a buscar, que yo les daría buena paga; y así di luego 2 o 3 tostones[23] porque fuesen luego en su busca/ la causa porque el padre se había acogido fue porque aquel día vinieron no sé cuántos mensajeros para llamar a la buena dueña que fuese a cierto sacrificio o fiesta que se hacía en el pueblo con las cabras del monasterio y que supiese que ya lo habían robado, y por esto y por lo que ella sabía se trataba de nuestra muerte, no quiso ir al convite, y de lástima cómo las mujeres son tiernas de corazón lloraba mucho y acostábase y tapábase el rostro. Lo que notó mucho el padre, le decía que tenía y por qué estaba triste, a lo cual respondió que por vernos a él y a mí en aquel estado y tan congojosos; al final que el padre concibió mal de aquello y de mi tardanza y que no había enviado mensajero a [ilegible] entendiéndome habían ya despachado procurar alargar un poco más si había si pudiese, y así se fue diciendo me iría a buscar derecho a la mar donde halló una canoíta...[24]

[23] Denominación popular de la moneda de plata equivalente a cuatro reales –o medio peso de a ocho, correspondiente a unos 13,5 gramos de plata de alta ley–, la cual constituía la pieza fraccionaria más empleada en la Filipinas colonial para la liquidación de tributos, salarios militares y transacciones cotidianas. El vocablo procede del italiano teston («cabeza grande»), apelativo acuñado en Europa para las piezas que exhibían la efigie del monarca, y que en el ámbito hispanoamericano y filipino se especializó para designar a la moneda de cuatro reales; véase Manuel Villegas, *La moneda en el Imperio español: Real de a ocho y comercio colonial* (Madrid: Editorial Gredos, 1985, págs. 112-115).

[24] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 4v.

Acorralado entre el escrúpulo y las mañas de una diplomacia de frontera, el fraile apela a la teología de la contingencia para disimular su fuga y, de paso, desvelar la quiebra del dominio castellano. Ya de nada valen las promesas de mercedes ante pueblos dispuestos a cobrar en el acto los agravios sufridos. Así, mientras la Corona tercia con favores que el religioso negocia con la soga al cuello, lo dicho traiciona su ropaje providencial, pues delata el fondo de la revuelta cuando muestra la verdadera naturaleza conquistadora.

> Y se metió dentro con el español y un moro y un muchacho y una cajeta de compra de las que vuestra merced nos hizo, y de esta manera comenzó a navegar sin saber dónde iría, y como se apartaron de la tierra y salieron del abrigo y por poco no se ahogaron con la braveza de la mar/ acordaron de arribar y saber de mí porque si fuese muerto perseguiría su determinación, saltaron en tierra y emboscáronse o escondieron en un zacatal que los hay acá generalmente muy grandes todo el año, para, encendiendo de noche, enviar al pueblo el indio para que preguntase qué había sido de mí; estando de esta manera ya que era noche sintieron pasar gente y mandaron al mozo que consigo llevaba, y si hiciese en contra, dijo, y se preguntase por mí que me había ido por naso, que era por donde el padre había ido en busca, y con esta nueva tan alegre dio la vuelta y halló el navío donde yo lo había dejado, y fiel me hallará allí sin falta se efectuara su deseo. Como él vio esta coyuntura perdida, entendió para voluntad del Señor pues entrambas se y aunque llovía saltamos de la casilla, y encendidos unas achuelas que acá se usan fueron a buscarlos, había desbaratado, y por entender la pena con que yo estaría subió para aquellas montañas tropezando y cayendo y sin saber por dónde irían/ tiró el soldado un arcabuzazo con el cual todos, especialmente yo que estaba metido en mil imaginaciones, resucitamos, y llegados nos consolamos y lloramos nuestros trabajos; así nos estuvimos/ otros tres días más tratando de que si sería bien rogar que nos tomasen por esclavos o si nos iríamos al rey de los burneis para que llevándonos consigo allí nos rescatasen los portugueses que tratan en aquella isla. Aquel poco de tiempo nunca quise entrar en la capilla si no era de noche a dormir, lo uno por estar muy apretados, lo otro por no ir ni ver aquellos traidores que por momentos venían a darnos muchos sobresaltos desenvainando sus cuchillazos en nuestra presencia, y que no saliésemos lejos de la casa y procurando de sacarnos la

> sustancia que teníamos, de manera que me dio [ilegible] que por sola una noche que durmió junto a nosotros haciéndonos entender que nos guardaba llevó catorce tostones, y el que nos tenía en su casa más de 100 tostones, y así haciendo lo que quería de manera que cuando nos veamos el padre y yo no era sino para rezar y para nos confesar y traer a la memoria o las que nos provocasen a devoción y también a llorar en aquella soledad. Hablaba yo con vuestra merced, con mis señores padres y hermanas, y les decía que si era posible se olvidaban de mí puesto en tanta tribulación y del padre Fray Francisco de Ortega que esperaba la mía diligencias los méritos de su pasión y merecimientos de su santísima merced y de sus santos y por las oraciones de vuestra merced nos había su majestad de hacer mucho y no mirar a mis pecados si no me olvida. El domingo ya bien tarde dejará a la buena dueña nuestra qué esperas y ama que no gaste a su marido don Pedro, que era cristiano, y cuatro o 5 hijas e hijos suyos desde los cuales se retrasaron estando allí nosotros que nos dio harto dolor entendiendo habían de volver con facilidad a su perversa secta de moros faltando nosotros y los españoles/ que nos despachase y enviase a donde nos había prometido, y respondiéndome que no tuviese pena que ella se lo rogaría y que me alegrase que entonces le acababa de decir una principal aquella agua de un doro como había nueva de que todavía apelaban los castillos que aunque tuviesen tan triste y que comiese que para guino batala que es decir el señor Dios...[25]

El fracaso de la navegación costera, detenido por la mar brava y el refugio furtivo en el monte, desmantela los resortes cotidianos colonialista, confinando a los clérigos a una precaria situación de asedio donde el espacio sagrado de la capilla se reduce a mera fortificación frente a la hostilidad de los aborígenes. En este confín, la subsistencia se mercantiliza mediante exacciones gravosas, como los elevados tostones pagados por la guarda y el aposento, revela cómo la coacción hegemónica cede ante una renta de situación que la élite local extrae de los agentes debilitados. De algún modo, esta bancarrota institucional pone de manifiesto el agudo cálculo político del caci-

[25] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 4v.

cazgo, quienes aprovechan la coyuntura crítica y el desamparo tras el asedio de los piratas para renegociar sus lealtades entre la antigua usanza y la conveniencia frente al colapso hispánico.

> enviaría un navío con castillas para que nos llevase. Llamé al padre y le dije lo que había; fue tanto el contento que esta nueva nos dio que, después de haber dado cuentas al Señor, no pudimos disimular la alegría y todos los servicios que teníamos y muchachos y muchachos, y así cenamos un poco. Los muchachos nuestros cantaron la doctrina, que hasta entonces no habían hecho, y tras ella tantos cantares de alegría en su lengua que lo que oíamos pesaba, y no menos al huésped y mal viejo de don Pedro, que cierto le supo mal la cena, y aunque se hubiera holgado de haberlo hecho mejor con nosotros. Yo no pude dormir en toda aquella noche pensando mil cosas, lo cual dije al padre y me respondió que no fuese de alegría y alivio de la muerte. Estando en esto, oímos unas voces de allá del profundo de los valles y unas libres y venía diciendo, pobres padres, canta cantero, que así se decía el soldado que estaba con nosotros, el cual estaba durmiendo; desperté y le dije que se apercibiese lo mejor con todo su mal, y nosotros los crucifijos en las manos y encomendándonos al Señor para lo que él fuese servido hacer de nosotros. Luego pues llegaron con sus criados y sus hachos encendidos diciendo, Castillas, castillas. Yo, como oí aquello, dije, esta es traición, que nos quieren engañar y sacarnos a esta hora fuera de casa y cortarnos las cabezas. Como esto oyó el soldado, quiso apretar la llave del arcabuz y matar a los mensajeros al tiempo que entraban por la capilla, lo cual le defendimos y que le dejase acabar sus razones, los cuales me pusieron una carta en las manos que decía Alonso Izquierdo y Villanueva, estamos aquí; si son vivos, esta se venga, porque el gobernador nos envió muy deprisa. Y a vuestra merced puedes sentir la alegría que sentíamos Y en el mismo punto dijimos de rodillas el Te Deum Laudamus, y acabadas las gracias a nuestro Señor Dios, determinamos de no ser más ermitaños y de ir a ver aquellos ángeles que el Señor nos enviaba. Y así llegué más de media hora más a pie que el padre, cayendo y tropezando con la prisa del llegar, donde hallé los soldados que habían prendido con maña a no sé cuántos principales hasta que diesen razón de nosotros, la cual no quisieron dar al principio, intentando aprovecharse todavía de nosotros, entendiendo que aquellos dos castillos se habían escapado solos de Manila. Y llegado el padre ya que [roto] nos embarcamos, y asegurados los

> principales y los indios que no tuviesen temor de que por nuestras causas se haría daño en sus personas, nos pareció ir a Manila, a los pueblos y a la destruida Manila y a dar las gracias al gobernador. Y así llegamos el día de Pascua de Navidad por la mañana, y nos regocijamos en el Señor, cada cual con lo que le había pasado, que eran dignas de contar; y saber lo que dice aconteció a un religioso que le decía Pedro Tunos, Bautizaba con agua fría, espera un poco que nosotros te bautizaremos con agua caliente, y así dice el religioso que toda una noche se tuvo el agua calentando, aunque él no sabía para lo que fuese, y lo tuvieron no sé cuántos días el más afligido hombre que se estuvo en su vida, en ese me gustaría que coloque de primero al pirata chino, fue tanto el temor que le causó que hasta ahora...[26]

La llegada providencial del barco enviado por el gobernador, perseguido de cerca por la sombra de los pillos chinos y el recuerdo de sus asechanzas, subvierte de golpe el cautiverio en un trance de júbilo y recelo profundo. Entre una cena, los cánticos doctrinales y los malos pesares del hostil don Pedro, la irrupción nocturna de emisarios con teas encendidas reaviva el ánima de la celada, provocando que el soldado procure accionar su arcabuz, contenido a tiempo antes de comprobar que traían la carta anhelada de Alonso Izquierdo y Villanueva. Con el rezo de rodillas del *Te Deum*, los religiosos quiebran su prolongado retiro para marchar al encuentro de los enviados, hallando a los soldados de España prendiendo a los principales de la tierra hasta exigir cuenta de su paradero.

Resguardada la comitiva y libres del ahogo, la vuelta hacia la arrasada Manila en plena Pascua de Navidad sella el término del destierro, legando memoria de episodios extremos como el suplicio del fraile amenazado con agua caliente, un espanto vivo que todavía perdura tras la furia del pirata asiático.

> No sé si ha vuelto en sí, pues el padre Fray y los demás no digo por qué el padre Fray Jerónimo, que será el portador de esta, contará allá subir el lugar todos los trabajos que por acá hemos padecido;

[26] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 5 r.

el señor se ha servido recibirnos lo que en servicio y de cuánto de nuestros pecados, amén. Después de habernos holgado algunos días, fui a dar los sacramentos a un religioso nuestro que estaba fuera de Manila en otra laguna enfrente de la de donde yo estaba, y dado su puñal señor parece que era muy siervo del Señor y enterrado, me volví por mandado del padre provincial a reedificar el monasterio que me habían deshecho y a atraer la gente que no dejaba de estar alborotada por lo que había hecho, y lo mismo hizo el padre prior de Bindoro, aunque a aquellos que hicieron ahorcar media docena de ellos y por el padre no se ejecutó lo que también merecía más peno los esfuerzo. En dineros, yo acabé la casa e hice la mejor iglesia que hay en esta isla por ser de tablas, y me fue donde en el camino me perdí con tormenta con cuatro navichuelos de los que le traía cargados de comida porque si los burneis viniesen sobre Manila tuviésemos que gastar algunos días 12 perdido, y yo escapé con toda la gente por la bondad del Señor; y en el capítulo me dejaron de Tondo, que es cerca de mi iglesia y la primera casa que edifiqué en esta tierra, tan cerca de Manila como de San Francisco y Santiago, que no hay más de agravio obra 10 días después del capítulo, en el cual salió provincial el padre Fray Alonso de Alvarado, nos mandó al padre provincial pasado y a mí viniésemos a este campo que tiene cercado el tirano que tengo dicho. Y si lo que ha pasado desde que los españoles vinieron sobre esta tierra hasta que los medios desbaratados quisieran saber la esperanza que me escribió buen amigo que por ver tierra y en este año a esta tierra yo ofendo que// de este cerco va tan largo Rodrigo que al padre provincial pasado se volviese a Manila por cosas que hay que hacer allá, y que yo me quedaría hasta que el señor fuese servido ordenar otra cosa. Han venido algunos navíos de China enviados por los gobernadores de China para saber de este tirano, y los que ellos vienen quieren llevarnos a la China; podrá ser mandarnos el padre provincial embarcarnos al padre provincial pasado y a mí para ver ésta tan deseada tierra. Vuestra merced, mi y hermanos, serán servidos encomendarnos a Dios en cuyo servicio de estos acabar mi inútil vida; muchos de esta tierra quedarán larga relación de las cosas de por acá, en especial el padre prior de Libón, que es el padre Fray Jerónimo, el que aunque era el más provechoso religioso y más necesario que acá había, ha importunado tanto que no se ha podido hacer menos de concederle lo que está todavía procurado por vivir con más quietud en esta tierra, lo cual

> le conceda el señor por su misericordia y a nosotros no olvide, amén. No soy de parecer a personas del mundo, ahora sea eclesiástico, ahora sea secular...[27]

Este balance de la crónica desplaza el relato desde el alivio del rescate hasta la inmediata reconstrucción del dominio colonial, configurando un escenario de aparente pacificación que no logra ocultar la persistencia de la violencia punitiva. La mención a la ejecución sumaria de media docena de principales, contenida en parte por la intercesión eclesiástica, pero consumada como advertencia ejemplar, revela que la restauración del orden misional se cimentó sobre la coacción militar, el castigo disuasorio y la reorganización de los bastiones insulares bajo la autoridad de nuevos superiores provinciales.

A través de la materialidad de la empresa, la edificación del templo de tablas, el aprovisionamiento continuo de bastimentos ante el temor de un nuevo cerco y el posterior repliegue hacia los frentes asediados por el tirano, el manuscrito expone la precariedad persistente de la conquista espiritual. La labor eclesiástica aparece así atrapada entre la urgencia de levantar las capillas arruinadas y la inminencia de un paisaje bélico renovado, donde el retorno a Manila o la improbable travesía hacia el reino de la China se perfilan como los únicos horizontes posibles frente a un territorio que no termina de pacificarse y cuya gobernabilidad continúa pendiendo de las armas y del apremio de la supervivencia.

> ... y a este muy menos venga acá por los muchos peligros especiales que hay, y si no hay mucha virtud pocos deja de enredarse en vicios y acabar en mal; si yo fuere a la China yo escribiré a las órdenes lo que sintiere y a los señores obispos y virreyes para que provea y no de muchos eclesiásticos, porque si el Señor la toca no bastarán dos ni tres mil eclesiásticos, según la tierra es de grande

[27] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 5 v.

> e innumerable la gente; y por hallarme en la guerra y no en Manila, donde están los mercaderes chinos, no envío regalo ni muestra de aquella tierra; y por entender esta vuestra merced satisfecha, y mis señores padres y hermanas y amigos de mi deseo, nos va a hacer suplicar a la madre del Señor nos lee en este valle de trabajos su gracia y después la gloria, amén. De este campo y [roto] de Pangasinán de junto. 5 de 1575.[28]

El cierre de la epístola sella la experiencia colonial bajo una doble advertencia: la inmensidad demográfica y espiritual del Extremo Oriente frente a la fragilidad de los ministros europeos, cuya preservación moral peligra en los confines de la misión. Al datar dicho campamento de Pangasinán en junio de 1575, el escrito trasciende el simple inventario de los agravios para erigirse en un juicio político y pastoral.

La escasez de presentes para los tratantes chinos cede el paso a una plegaria final, donde la geografía de la guerra y el desarraigo convergen en la resignación providencial, consumando el ciclo de una vivencia marcada por las armas, la codicia mercantil y la permanente prueba de la fe en el archipiélago.

IV. Reflexiones finales

La empresa de Luzón durante el siglo XVI no obedeció a los planes infalibles de la monarquía, sino a la precaria subsistencia de enclaves aislados. Estos asentamientos dependían de pactos frágiles con los caciques locales, de las rivalidades intestinas entre los naturales y de los socorros que llegaban de manera intermitente desde Nueva España. La presencia de soldados criollos y naturales de América en las guarniciones, sumada a los testimonios de los eclesiásticos confinados en Mindoro o Pangasinán, evidencia que el proceso expansivo distó de ser lineal; constituyó, por el contrario, una empresa de riesgos extremos que rozó el colapso en coyunturas sucesivas. Dos trayecto-

[28] Información sobre Pangasinán, 1575, AGI, Patronato, 24, R.30 f. 6 r.

rias individuales condensan la tensión de este escenario convulso: la incursión del corsario chino Lin Limahón y la actuación del religioso agustino Fray Agustín de Alburquerque.

La irrupción de Limahón en noviembre de 1574 desestabilizó el frágil equilibrio de la administración castellana. Al mando de una armada integrada por más de sesenta naves y millares de combatientes, el caudillo asiático penetró en las costas de Luzón con el propósito deliberado de establecer un dominio autónomo. Su embestida inicial en Manila costó la vida al maestre de campo Martín de Goiti en su propia residencia, provocando el repliegue de los defensores hacia las empalizadas del convento de San Gabriel. Tras el fracaso de este primer asedio y la posterior persecución dirigida por Juan de Salcedo en los canales fluviales del río Agno, en Pangasinán, el marino protagonizó una retirada singular al ordenar la construcción clandestina de embarcaciones dentro del cerco, logrando burlar la vigilancia naval y desaparecer en el mar de la China Meridional.

Este ataque puso a prueba la fidelidad de las alianzas nativas y expuso la mutua dependencia que caracterizaba a la colonia naciente. En ese mismo teatro de campaña se hallaba Fray Agustín de Alburquerque, cuyo desempeño refleja el papel polivalente del clero regular en las fronteras de la corona. Testigo ocular de los sitios sufridos en Mindoro y Pangasinán, el fraile documentó la crudeza de los enfrentamientos y las penalidades experimentadas por las huestes. Su labor pastoral en las doctrinas de la laguna de Bombón y Taal estuvo marcada por la respuesta a las contingencias ecológicas y sociales de la región, combinando la asistencia espiritual con una firme oposición a los abusos tributarios infligidos por los encomenderos, postura que compartió con otros religiosos como Martín de Rada ante los tribunales metropolitanos.

Paradójicamente, la crisis desatada por el asalto exterior propició un giro involuntario en la directriz ultramarina al propiciar los primeros entendimientos indirectos con los emisarios del Imperio Ming, sentando los cimientos del codiciado tráfico comercial con China. Superada la emergencia militar, las autoridades implementaron mecanismos de coerción y control más rigurosos sobre la población asiática residente, materializados en la erección del Parián y en la reglamentación de la

vigilancia urbana. De este modo, la mera supervivencia de los decenios iniciales cedió el paso a un sistema de dominación estructurado que fijó las bases institucionales, urbanas y económicas de la presencia hispana en Extremo Oriente, demostrando que aquel orden se edificó sobre la superación de sus propias incertidumbres.

Limahón actuó como un auténtico pirata libertario, ajeno por completo al "corsarismo" institucional al carecer de cualquier patente oficial expedida por potencia alguna. Lejos de responder a una filiación islámica, atribución errónea nacida de su confluencia con las comunidades y la nobleza musulmana local de Luzón, su origen se inscribía en el sincretismo tradicional de las costas chinas de Cantón y Chaozhou, alejado de cualquier práctica coránica y nutrido por el budismo popular y el culto a los ancestros. Prueba de su absoluta autonomía fue que, tras su segundo descalabro al intentar adueñarse de Pangasinán y hallarse acorralado por el hambre tras cuatro meses de un implacable asedio castellano, la propia dinastía Ming, su antiguo y acérrimo perseguidor imperial, le ofreció un indulto formal con tal de sacarlo de circulación. Sin embargo, el audaz cabecilla rechazó la gracia para fugar de forma clandestina mediante un canal artificial cavado bajo las narices de Juan de Salcedo, persistiendo en el pillaje a su entera voluntad.

Este personaje protagonizó la singular paradoja de unificar en su contra el desprecio de la Corona en Filipinas, el rechazo de los naturales y el odio implacable de la propia corte de Pekín, poniendo en consonancia tres mundos en su persecución. Lejos de operar en el aislamiento, su hueste reflejó una abigarrada amalgama de la marinería asiática. Se rodeó de aliados políticos opuestos a la fe católica, como los moros de la región que aborrecían el dominio hispano, y sumó a sus filas a guerreros nipones y otros navegantes errantes, incluyendo *rōnin*, samuráis sin señor atraídos por la aventura bélica y el botín de ultramar, quienes, integrados firmemente en su tripulación, combatieron con una ferocidad inusitada en primera línea contra las huestes hispanas secundadas por los auxiliares tlaxcaltecas.

V. Referencias Bibliográficas

Fuentes primarias y archivísticas

Archivo General de Indias (AGI), Sevilla. Sección Real Patronato, Legajo 24, Ramo 30.

Fuentes secundarias

Corpuz, O. D. The Roots of the Filipino Nation. Quezon City: Aklahi Foundation, 1989.

Govantes, Felipe M. de. *Compendio de la Historia de Filipinas*. Manila: Imprenta del Colegio de Santo Tomás, 1877.

Li, Chenguang. "La estrategia China de Felipe II: la vía castellana (1556-1581)". Tesis doctoral, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2018.

Phelan, John Leddy. *The Hispanization of the Philippines: Spanish Aims and Filipino Responses, 1565–1700.* Madison: University of Wisconsin Press, 1959.

Schurz, William L. *The Manila Galleon.* Nueva York: E. P. Dutton & Co, 1939.

Villegas, Manuel. *La moneda en el Imperio español: Real de a ocho y comercio colonial*. Madrid: Editorial Gredos, 1985.